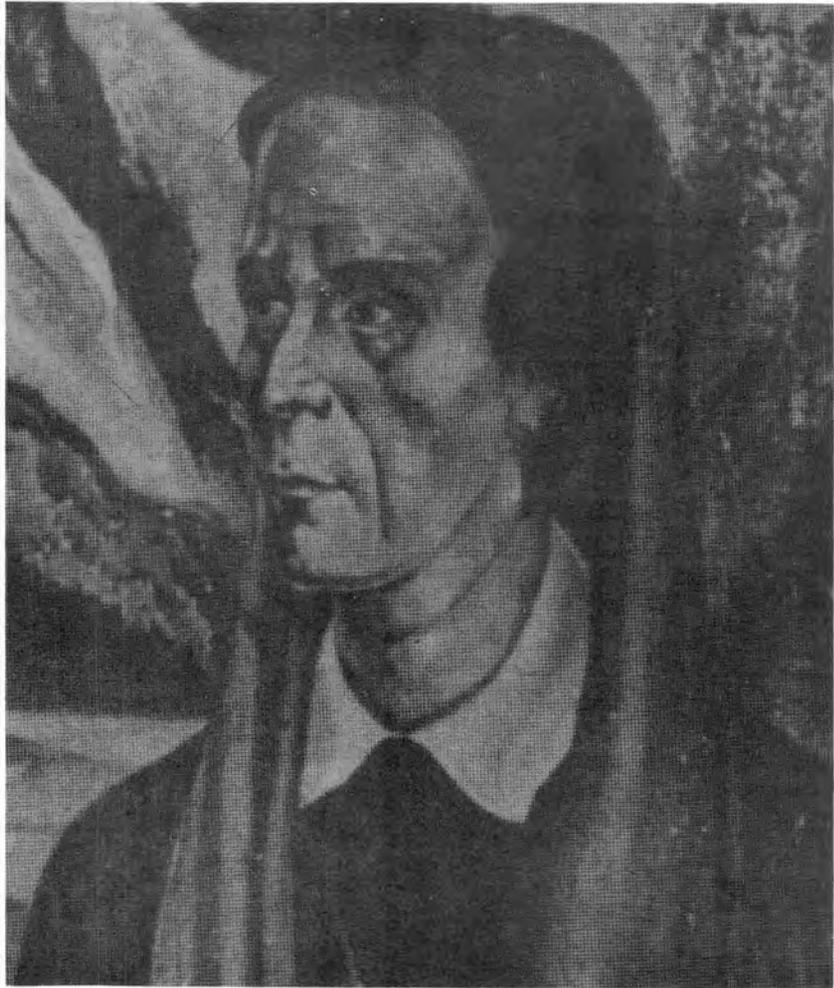


BOLIVAR Y DOS ALMAS DE MUJER

ALICIA GIRALDO GOMEZ

**Institutora del Instituto Central Femenino
Socióloga de la U. P. B.
Psicóloga de la Universidad de Madrid
Miembro de Número de la
Academia Antioqueña de Historia**



Doña María Concepción Palacios, madre de Bolívar

La mujer en la vida del niño Simón, del joven adolescente, de Simón Bolívar, guerrero y militar; la mujer en el triunfo y en la desgracia; y la mujer en la gloria del Libertador.

Todo hombre realiza su destino sobre la tierra, por lo general con el aporte, la compañía y la ayuda de una mujer.

¿Y cuáles son las mujeres más importantes para el hombre?

Las que comparten con él los momentos más trascendentales de la vida, a saber: la madre, la esposa con quien forma la pareja humana, y la hija.

En un aristocrático hogar de la ciudad de Caracas, formado por don Juan Vicente Bolívar y Ponte y doña María de la Concepción Palacios, un hijo tiene la cuna preparada con amor y se espera la hora para un feliz alumbramiento. Reposada, sin fuertes emociones, dona Concepción, la joven madre, irradia en su contorno dulzura, paz y alegría; era la feliz expectación de una maternidad que abriría para el mundo caminos de gloria.

Corría el año de 1783 y el 24 de julio, nació Simón Antonio de la Santísima Trinidad, el 4o. hijo de la familia.

Al abrir los ojos a la vida, Simoncito se encontró con los tiernos brazos de su madre, muy joven aún, contaba 23 años. Esa nueva cuna que se mecía en su hogar, la cubrió de arrullos, besos y melodías.

La madre es la primera mujer que encuentra el hombre al nacer; la educadora natural, la que recibe los primeros suspiros y escucha el primer grito de angustia que lanzamos al iniciar nuestra vida independiente.

No fue tan lejana del calor familiar, la niñez y la infancia de Simoncito. Aunque la alimentación del infante fue confiada a la negra esclava Hipólita, su madre lo siguió en su cuna, lo tuvo en su regazo y lo colmó de caricias como primera interlocutora en su vida.

Doña Concepción, como dueña de un rico y noble hogar, según era la costumbre de la época, tenía numerosa servidumbre; y alguna vez, cuando la circunstancia lo exigió, dio su pecho de madre al hijo de la esclava para asegurar su subsistencia. Esta admirable mujer, amante de la alegría, dirigía ella misma las veladas nocturnas, con su arpa o su guitarra y daba la bendición a sus hijos, al amparo tutelar del Angel de la Guarda.

A sus 24 años, el grupo familiar estaba ya integrado por 4 preciosos niños, dos rubios de ojos azules; Juana María y Juan Vicente; los otros dos de piel morena y ojos negros, se llamaban María Antonia la mayor y el pequeño Simón, generalmente a su cuidado, porque bien pronto empezó a dar muestras de su viveza en continuas travesuras.

Se pierde la imagen paterna cuando Simón iba a cumplir 3 años. Muchas cosas cambiaron en el hogar con la muerte del padre; el hombre que manejaba la casa, las haciendas y desempeñaba distinguidos cargos militares y sociales en la aristocrática vida de la ciudad de Caracas.

La espaciosa casa de la plaza de San Jacinto, tenía para los niños jugar y divertirse, patios, jardines y amplios corredores. Jugaban las niñas con sus muñecas y los niños formando ejércitos con soldaditos de plomo; hacían de jinetes, cuando eran llevados a las haciendas; saltaban en la cuerda, iban y venían por las calles y plazas; e imaginaban sobre las arenas de sus haciendas campos de batalla, con sus hermanos y amigos.

Aquí tenemos unos niños en plena actividad lúdica, como todos los niños de su edad, en socialización permanente en la familia.

No estuvo ausente de niños pares en estos primeros años de su vida, tan importantes en la educación. Tuvo juegos colectivos y de estimulación, superando obstáculos y dificultades; así se conoció la energía de su hermana María Antonia, la dulzura de Juanita y la alegría y vivacidad de Simón. Es el conocimiento de los niños en la espontaneidad.

Además, se puso a prueba la paciencia, la constancia, bondad y amor de esta otra mujer que estuvo a su lado, la negra Hipólita, a quien le fue confiado el niño en los primeros años. Joven, robusta de 28 años, con sonrisa generosa que dejaba ver su bella dentadura, cuando escondía en los pliegues de su falda al travieso Simoncito.

Como vengo rastreando aspectos positivos en la primera educación de Simón, es importante destacar este ambiente hogareño, la riqueza socializante, por el abuelo, los tíos, amigos y parientes, señores de negocio y de la sociedad, que en frecuentes tertulias visitaban la distinguida mansión. Es decir, su ambiente cultural, con temas políticos, militares y financieros.

En las veladas nocturnas, las negras Catalina y Matea, contaban historias viejas, cuentos de hadas o de brujos, atemorizando así muchas veces y otras enriqueciendo la mente infantil antes de ir a la cama.

El 6 de julio de 1792 muere doña Concepción; quedan atrás aquellos recuerdos de la primera infancia al lado de su madre. Sólo contaba 9 años de edad. Bolívar los evocó pocas veces, porque su vida fue absorbida por la inmediatez y la urgencia de su carrera militar y política.

Sin embargo, en 1827, cuando regresó a Caracas, procedente del Perú, venía colmado de luchas y de glorias. Acababa de recibir los más altos honores en Lima, pero llevaba profunda amargura en su corazón. Fue invitado a cenar en la casa donde había nacido, por sus primos Juan de la Madrid y Teresa Jerez de Aristequieta y Bolívar.

Era oportunidad para momentos de especial reminiscencia de su niñez, y de su hogar, lo suficiente para reivindicar a su madre, como su primera y solícita educadora. Allí encontró reunidos los miembros de su familia, amigos más allegados; el ambiente de su infancia, todo era evocación, en donde palpitaba el alma de Simón niño.

Se presentó sencillamente vestido, informal, como quien desea momentos de intimidad con los suyos. Bolívar ocupó el asiento en el mismo sitio en donde se meció su cuna; y al sumergirse en un haz de emociones incontenibles, hizo expresa manifestación por medio de lágrimas. En el momento del brindis, se puso en pie, levantó la copa y dijo: "Hermanos, amigos; cuántos recuerdos se aglomeran en este instante sobre mi mente. Mi madre, mi buena madre, sale de la tumba y me ofrece sus brazos. Todos mis tíos, hermanos, mi abuelo, mi más tierna niñez, mis juegos infantiles, la confirmación, y mi padrino con los regalos que me daba cuando era inocente; vienen en tropel a excitar mis primeras emociones, la efusión de una sensibilidad deliciosa. Todo lo que tengo de humano se remueve en mí. Llamo humano lo que está más cerca de las primeras impresiones. . ." y termina en medio de lágrimas su emocionado discurso. Así oímos de sus propios labios, la expresión de sentimientos más profundos con respecto a su madre, muy próximo ya a vivir la amargura definitiva que lo llevaría a la muerte.

También evocó a su madre de leche, la negra Hipólita; en el año de 1827 cuando entró triunfante a Caracas, iba bajo palio, la vio que lo vitoreaba y emocionado, descendió de su sitio de honor y se lanzó en sus brazos para confundir las lágrimas con sus besos.

Igualmente en el año de 1825 a su hermana María Antonia se la recomienda, porque no ha "conocido otro padre que ella", . . .

Vendría todavía una etapa más difícil para Simón, con la muerte de su madre; queda bajo la tutoría de su abuelo don Feliciano Palacios. A los 3 meses de su muerte se comprometen en matrimonio, por voluntad del abuelo, las dos hermanas, de 14 y 15 años y queda la casa sola, sin mujer, cuando Simón contaba 9 años.

Por testamento sus tutores serían sus tíos don Esteban, residente en Madrid, y don Carlos, quien por lo general vivía en las haciendas.

Simón como estudiante era pésimo, tenía profesores a domicilio como se acostumbraba en esa época con los niños de su clase. A los 12 años empieza a demostrar su deseo de autonomía y a rebelarse contra sus tíos y va en busca de su hermana mayor María Antonia, casada con Don Pablo Clemente.

Era la mujer que representaba para él seguridad en su adolescencia. "Quiero vivir en compañía de mi hermana" decía. Se entabló un ruidoso pleito ante el Tribunal de la Audiencia de Caracas, de parte de su tío Carlos, alegando derechos por

testamento. Y María Antonia defendía el derecho de hermana mayor al fallar los tutores y abandonarlo. Fue sacado a la fuerza de su casa, por un esclavo, maltratado y en medio de gran escándalo que presencié toda la sociedad de Caracas. Imposible que estos incidentes no hubieran dejado huella en el joven, cuando precisamente se quería refugiar en el cariñoso hogar de su hermana, quien desde pequeño ejerció autoridad sobre él.

Compartió Bolívar hasta los 14 años con su Maestro Simón Rodríguez, a quien le fue confiada su educación. Por la categoría del maestro, la edad del alumno, el sistema pedagógico empleado, fue considerado "el Emilio", para el experimento moderno de educación según Rousseau.

SU VIAJE A ESPAÑA Y SU MATRIMONIO

Esta etapa de la vida de Bolívar fue de especial importancia para su formación y para la adquisición de la cultura. La edad de los 16 años empieza ya la época de las grandes decisiones, la profundización de los propios valores, la estructuración y afirmación de la personalidad; pero también es la época romántica, el despertar de las emociones amorosas y de sentimientos y pasiones.

Contaba 17 años cuando se enamoró de María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza con quien contrajo matrimonio en Madrid el 26 de mayo de 1802.

Así había encontrado la mujer que necesitaba para su completa felicidad. ¿Qué sorpresas le traería el futuro? Jamás pensó, que esta soñada felicidad, quedaría tronchada por la muerte de su esposa, a pocos meses de su matrimonio, ocurrida en Aragua, en su tierra venezolana. Este rudo golpe lo hundió en profunda crisis; desolado y triste juró no volverse a casar.

Por lo general, Bolívar frustrado en el amor puro que había jurado ante el altar, se encontró en su vida identificado con el conflicto que sufrían muchas mujeres, que también llevaban consigo una pena de amor.

Así sucedió con su prima Fanny du Villars en París. Tuvo también varias aventuras amorosas y algunas le salvaron la vida, como sucedió en Jamaica con Luisa Crober. Amó a muchas a lo largo de su agitada vida política y militar. Entre otras se citan: Josefina Núñez, Anita Lenoit, Bernardina Ibáñez, Manolita Madroño, Isabel Soublette, Josefina Madrid; y a veces relaciones que le creaban problemas como en Guayaquil, con Joaquina "La Gloriosa" y su madre; y en Cuzco, con la Mariscal, Francisca Zubiaga de Gamarra, esposa del Intendente del Cuzco, Mariscal y presidente del Perú.

Para Bolívar, todos estos amores eran fugaces y pasajeros.

Pero por fin llegó un día, en medio de flores, laureles y vítores, en la plaza de Quito en el año de 1822, una corona de laurel arrojada a su brioso corcel, fue la

mensajera y feliz augurio de una mujer, que desde el balcón principal le lanzaba el primer dardo a su corazón. Esa mujer, era la bella **Manuela Sáenz de Thorne**. Todo el mundo la conocía en Quito; hermosa, de tez blanca, como de alabastro, ojos negros, porte de gran distinción, deslumbraba por su belleza, arrojo e inteligencia.

MANUELA SAENZ

Para Manuela, el nombre de Simón traía especial augurio; así se llamaba su padre, un noble español, don Simón Sáenz y Vergara, miembro del Consejo de la ciudad, Capitán de la milicia del Rey y recaudador de los diezmos del Reino de Quito; Simón, el hombre que amó y siguió en su vida y destino.

También se llamaba Simón, el maestro Rodríguez, con quien compartió la soledad y pobreza los últimos años de su vida en Paita, Perú; pero también la consagración ante la Historia, porque ambos contribuyeron a la gloria y grandeza del Genio de América.

Manuela nació en el mes de diciembre de 1797 en Quito, en ese triste año del terremoto que destruyó gran parte de la ciudad. Su padre hombre de gran prestigio social había deshonrado a su madre, María Joaquina Aispuru a los 18 años, hija de un vasco de noble cuna, Mateo José de Aispuru y de Gregoria Sierra, muerta antes de conocer la desgracia de su hija.

Bautizada en las afueras de la ciudad, su nacimiento fue la afrenta para los nobles hogares quiteños, cuando pedían precisamente perdón a Dios por los pecados cometidos.

Nació bajo el signo del terror y del arrepentimiento, como un presagio de lo que sería su vida, piedra de escándalo, errante, como arrastrada por un torbellino, desafiando las iras y murmuraciones; correría por todos los caminos de los honores y de las desgracias, al identificar su vida con el hombre que también subió a las cumbres del prestigio y de la gloria, para descender a las simas de la ingratitud, de la pobreza y de la soledad.

Desde los 12 años conoció las crueldades que se cometían en Quito con motivo de los movimientos revolucionarios de 1809. Le tocó presenciar cadalsos que se levantaban todos los días; las horcas, el descuartizamiento de los cadáveres, las jaulas para exponer las cabezas de los patriotas; calderas hirviendo en la plaza de Quito con los corazones de los más notables y dignos patricios criollos.

Creció en el terror y en el espanto. Su amor por la libertad, lo bebió en las mismas fuentes de su pueblo natal. Este amor lo llevaba en el alma desde pequeña. Dicho ambiente le suscitó deseos de venganza, de odio no gratuito y desde niña abrazó la causa patriota, como decidida y valiente insurgente. Por sus excesos

públicos fue internada por su padre en el Convento de Santa Catalina, pero de allí se fugó con el apuesto militar realista Fausto Delúyar, quien la sedujo por primera vez. Esta aventura le costó la expulsión del convento; con gran escándalo en la ciudad, fue enviada con escolta al puerto de Guayaquil, hacia Panamá en donde se encontraba su padre.

Manuela pasó una niñez muy triste por su ilegitimidad y era tratada públicamente como "bastarda" por una sociedad con rígidos principios morales, que llevaron a su madre a hacer penitencia hasta su muerte. Así se fue formando en un sentimiento de "no pertenencia", sin arraigo legítimo, repudiada, lanzada a la ferocidad de la crítica implacable. Siempre en su vida arrastró este signo de ilegitimidad y cuando le preguntaban en dónde había nacido, contestaba: "Nací en la línea ecuatorial" "mi patria es América". Además tuvo que afrontar el choque ideológico entre sus progenitores. Su padre era furioso realista y su madre, patriota hasta morir.

Residió en Panamá desde los 15 años. La familia Sáenz la odiaba especialmente su media hermana Eulalia. José María la llegó a querer y en momentos de desgracia la alojó en su casa de Quito.

En Panamá empezó a tener una vida libre e independiente. Adquirió dos esclavas para su uso personal, Jonatás y Natán, las cuales le fueron fieles hasta su muerte; siguió la moda de fumar como lo hacían las mujeres en Panamá. Era admirada por los capitanes de barco y por los más elegantes comerciantes con quienes su padre tenía negocios; y como mujer inteligente, competía con él en todas sus actividades. Bien pronto la comprometió en matrimonio con un naviero inglés, James Thorne, quien le doblaba la edad, pero era rico, católico, tradicional en las costumbres y le ofrecía a más de dinero, posición y relaciones.

Recibió como dote para el matrimonio \$ 8.000.00, pero debían casarse en el lugar de su residencia, en Lima.

Manuela mientras se cumplían las diligencias, se alojó en casa de un noble, amigo de su padre, don Toribio Aceval, secretario del Virrey, Caballero de la Orden Militar de Calatrava quien fue su padrino de boda.

El matrimonio se realizó según el rito católico, religión de los contrayentes, en la antigua parroquia de San Sebastián, elegante barrio residencial de la nobleza limeña, el 27 de julio de 1817, en las horas de la noche.

Muy poco conocía Manuela a su esposo. Jamás supo de su edad exacta, ignoraba su vida pasada, su llegada a América y cómo había alcanzado la posición y el prestigio que poseía. Era enigmático, frío y por temperamento opuesto a Manuela.

En el año de 1819, los acontecimientos revolucionarios estaban en plena actividad y Manuela participó con entusiasmo y expuso no sólo su matrimonio, sino

también la vida de su marido. Este no podía participar en política; además rechazaba de plano a su criada Jonatás, no le gustaban sus atrevidas actitudes, ni su comportamiento en público; Thorne era fino, discreto, muy correcto y no podía aceptarla. Así empieza a fracasar el matrimonio que había tenido etapas de comprensión; Manuela jamás abandonaría sus actividades políticas y tampoco renunciaría a la compañía de sus esclavas; Jonatás vestida de soldado, con altos turbantes rojos y el rostro señalado por las viruelas, sembraba el terror en todos los sitios.

Como esposa de un rico inglés, bien pronto estuvo en el alto círculo social y se convirtió en dama distinguida. Mientras Thorne se entregaba a sus habituales actividades comerciales, ella se dedicó a la conspiración. Vestida a la usanza de la época, hizo de su saya y amplio manto, que cubría su rostro, un perfecto disfraz, para llevar y traer mensajes a los patriotas. Nada ni nadie la detenía en sus propósitos.

Consiguió que su hermano de su misma edad, José María Sáenz, muy parecido a ella físicamente, se pasara a las filas patriotas. Esto lo consideró como una gran victoria.

Formó parte de las 112 damas destacadas patriotas, entre quienes se encontraban marquesas, condesas y mujeres notables, seleccionadas para recibir "La Orden del Sol", codiciado galardón del Nuevo Mundo, sólo concedido por los servicios prestados a la causa.

Un buen día regresó a Quito con el pasaporte de su marido. Bien sabía aprovecharlo cuando lo necesitaba. Todas las miradas caían sobre ella, porque tenían muy presente su violenta juventud, sus escándalos y salidas en público. Estaba de nuevo en Quito, condecorada y recibida por el mismo don Juan Larrea, como invitada especial para participar en la recepción que se le iba a tributar al Libertador. Ella regresaba a su tierra en donde antes había sido despreciada, condenada al ostracismo, pero ahora lo hacía como dama de honor y de gran prestigio.

ENCUENTRO CON SIMON BOLIVAR

Bolívar hizo su entrada en la plaza principal, montando en su caballo blanco llamado Pastor, como un semidios, en medio de flores, arcos triunfales, lo más granado de la sociedad de Quito, se dio cita para dar la bienvenida al hombre que venía desde los llanos de Venezuela, a lo largo de los Andes, ondeando la bandera de la libertad y había iniciado en la batalla de Pichincha la liberación de los pueblos del sur. Era el año de 1822, y 16 de junio el día de la celebración de la victoria.

Bolívar lucía guerrera de cuello alto, con una sola medalla y pantalones de ante muy ajustados. Montando en su brioso corcel, haciendo gala de gran jinete, salu-

daba con elegancia a la multitud que lo aclamaba con locura. De repente, detuvo su caballo para mirar hacia la tribuna de don Juan de Larrea, y se encontró con los laureles que le arrojaba una hermosa mujer vestida de blanco, con el dorado emblema del sol en su pecho.

Esta dama le fue presentada esa misma noche en el baile de gala en su honor, por don Juan Larrea. Manuela tenía 24 años, y Bolívar en la mitad de su carrera política contaba 39.

Este encuentro fue la iniciación de un amor hasta la muerte. Bailaron, tomaron vinos y en medio de luces se sentaron en sitio especial con un grupo de legionarios; Manuela habló en inglés, contó historias, fue el centro de la conversación y por su donaire, belleza y modales en el baile, llamó la atención de todos los asistentes. Al fin Bolívar bailó con ella toda la noche y luego se alejaron silenciosamente de toda la concurrencia. Bolívar se dio cuenta que se trataba de una mujer excepcional; por su modo de hablar, su historia personal y la firmeza de carácter que demostraba en su agradable trato.

Manuela siguió su vida normal en Quito. Se dedicó a sus actividades de siempre con su criada Jonatás; movilizó ayudas para los ejércitos, organizó costureros en los hogares y a todo el mundo, la nobleza, las criadas e indias, las puso a trabajar en colectas de dinero y joyas para la guerra. Desafiaba con valentía todo lo que pudiera suscitar en su contra. Con gran diligencia y tenacidad, vinculó grandes herencias a la causa. Era época de emergencia y se necesitaban muchos recursos. Comprendía el valor de la empresa, la lucha por la independencia y los gastos de la guerra. Envío a su esclava Jonatás por parte de su herencia a la casa de los Aispuru para entregar a Sucre un lote de mulas que necesitaban; "Cuenta con mi ayuda y con mis sacrificios", le decía. Se convirtió en una verdadera amazona, al lado de los ejércitos de la libertad. Ya desde niña había aprendido a montar a horcajadas, completamente desacostumbrado, y manejaba el caballo con maestría y la lanza con acierto. Sucre le contestó: "Su rasgo de generosidad honra a los colombianos del sur. Acepte el agradecimiento de los Cuerpos del ejército Libertador".

Durante su permanencia en Quito, estuvo al lado del Libertador. En su compañía valoró mucho más el precio de la libertad. Este ideal la había llevado a admirar a Bolívar, y ahora los unía el amor, para engrandecer el destino de ambos; siempre había sido patriota, pero como persona inteligente, asimiló muy bien la filosofía de la revolución y el pensamiento político del Libertador. Fue fiel al hombre y fiel a sus ideales y a su destino. Desde entonces, consagró su vida para luchar sin tregua al lado de Bolívar.

Vivía convencida de sus propios valores, de su capacidad para movilizar fuerzas y auscultar a los amigos y a los enemigos; muy segura de que sería para Bolívar a más de compañera, su consejera, y apoyo en momentos difíciles. Valoraba su capacidad de sacrificio, y no conocía el miedo ni la debilidad. Como soldado raso vestiría su uniforme militar, lo seguiría por todas partes, demostraría su resistencia física y la adhesión sin vacilaciones; había encontrado la razón de una lucha

por amor y el sentido de su vida.

Su matrimonio ya no le importaba. "El matrimonio no obliga a nada" decía. El inglés Thorne, era frío, no sentía el fuego de la pasión, ni del amor, ni de la patria, ni tenía ideales; sólo le interesaba el dinero, el comercio, sus relaciones y los viajes.

Manuela lo despidió; no tenía sentido un matrimonio sin amor. Sentía que su pasión era la gran obra de Bolívar y consideraba un deber de patriota luchar a la sombra de quien estaba asumiendo la responsabilidad de la libertad de América.

MANUELA EN LA MAGDALENA. AÑO DE 1823

Bolívar creía que se alejaba de la vida de Manuela, como se había alejado de tantas mujeres; había advertido ya su fuerza, que podía absorberle por completo si se descuidaba. Le tenía miedo a la estabilidad y permanencia en el amor. Manuela se daba cuenta de esto, pero tenía el talento suficiente para la conquista duradera. Bolívar quiso evitarlo y luchó contra ella en muchas ocasiones; odiaba ser absorbido por una mujer tan capaz, apasionada y decidida.

Un buen día salió para Lima con su séquito de esclavas y sus baúles a instalarse en la villa de La Magdalena, en "mi casa, en donde siempre he vivido". No podía ser más inoportuna, porque el Libertador estaba en grandes dificultades con motivo de las vicisitudes de la guerra. Su llegada fue de nuevo un escándalo. En Lima ella había vivido como esposa de James Thorne, muy bien situada socialmente. Ahora sus condiciones eran muy distintas. Su esposo se encontraba en Chile y poco sabía de sus aventuras.

Manuela se hizo cargo en Lima de sus actividades comerciales, tenía un poder de notaría y a la vuelta de pocos días, ya estaba en los altos círculos de la ciudad.

Sus amores con Bolívar tenían que ser discretos; él encontró de gran utilidad su presencia, porque aparte de sus encantos, se dio cuenta que tenía aciertos en los juicios que daba sobre las personas. Conocía toda la sociedad y el comercio; se entendía muy bien en el idioma inglés y su criada Jonatás le traía las más frescas noticias de todas las murmuraciones. Bolívar era consciente de que allí era un extranjero.

MANUELA "LA CORONELA"

No obstante las objeciones de algunos Generales que no aceptaban su comportamiento, Manuela fue incorporada al Ejército Libertador. Ante el asombro de todos los oficiales, que nunca habían visto cosa igual, vistió el uniforme militar y se dio a sí misma el rango de Coronel Integrada al Estado Mayor, inició actividades de inmediato, con su casaca azul, cuello de adornos rojos y charreteras a las cuales les hizo poner laureles de plata. Rompía todos los convencionalismos, una

mujer en el ejército; por disposición de O'Leary, quien la apreciaba de verdad, fue encargada del archivo privado del General y como secretaria privada tenía acceso a todos los secretos de la guerra.

Poco tiempo le quedaba a Manuela para atender otros asuntos; había llegado a colmar todas sus aspiraciones. Fue respetada y acatada por muchos y rechazada por otros. Se convirtió en el personaje principal, camino seguro para llegar al General, con una influencia igual a la de la esposa del Virrey.

Fue mayordoma del cuartel, recibía visitantes, daba audiencias y atendía a todas las necesidades de los soldados; como almacenista era la distribuidora de los implementos de guerra.

Instalada en la Villa de La Magdalena hacía de verdadera Gobernadora en ausencia de Bolívar. Este marchó hacia el interior del país en busca de recursos para la guerra. Cayó gravemente enfermo en Pativilca, pero Manuela no alcanzó a viajar para atenderlo como lo había hecho en otras ocasiones, pues la enfermedad había avanzado con rapidez y ella siempre era su enfermera que lo cuidaba con especial solicitud.

La Coronela trabajaba en colaboración de sus más inmediatos servidores; José Palacios, el mestizo pelirrojo, que sin saber leer ni escribir, le había prometido a doña Concepción no abandonar a su amo Bolívar. Cuidaba también de sus perros guardianes, los cuales llevaba en cestas de sitio en sitio. Palacios, figuró en la noche septembrina, en la hora de la muerte en Santa Marta y Bolívar lo recordó con gratitud en su testamento. Palacios, siempre fue fiel también a Manuela y solícito en cuidarla y defenderla.

El otro servidor, fue el Coronel don José Santana, su amanuense, inteligente joven, preparado, aunque frío, era muy leal con el Libertador, cumplidor de su deber y con Manuela cultivó una amistad que duró toda la vida. A veces fue el correo del amor, porque Bolívar no tenía tiempo de escribir.

La disidencia tomó fuerza en el Perú mientras Bolívar estuvo enfermo en Pativilca; el puerto del Callao y la ciudad capital cayeron en poder de los realistas. El pánico cundió por todos los sitios y los patriotas se ocultaban para salvar su vida; hasta los militares, cambiaban sus ropas de campaña, y empezó la marcha hacia distintos lugares en busca de refugio.

LA CORONELA CRUZA LOS ANDES

Manuela sin pérdida de tiempo organizó su marcha con sus esclavas, baúles y el archivo del General. El valiente inglés William Miller fue en su ayuda con un escuadrón de caballería para darle tiempo de ponerse a salvo. Se dirigieron por el desierto, de noche hacia el pacífico. A su paso se iban uniendo al séquito los hombres del campo, los sin trabajo, los desposeídos, que habían perdido sus familias y sus haberes. Sólo se necesitaba saber manejar bien el caballo. Era un espectáculo

maravilloso, ver el penoso ascenso de este grupo de patriotas, guiados por el valiente ejemplo de una mujer, a quien no detenían ni el frío, ni los abismos y constantes peligros; marchaban en medio de la nieve, con hambre y muy agotados por la enfermedad de las montañas.

Se les unieron algunos miembros del Gabinete, constituyendo un verdadero "Gobierno ambulante", en una odisea sin precedentes en la historia de América. Era admirable el valor de Manuela, su fortaleza física, seguida por sus esclavas, escalando hasta 4.000 metros, con el aire enrarecido y precedida de los temibles guerrilleros que con lanzas y cuchillos sembraban el terror en la comarca. Iban en busca del Libertador; nadie sabía su paradero, porque estaba haciendo reclutamiento de emergencia por todo el país. Había perdido no sólo el puerto, la capital, sino todo cuanto tenía; convenció a patriotas temerosos, recogió a su paso alimentos, rebaños, vestidos de los telares indígenas, mantas y hasta dinero de las iglesias.

Había pedido auxilios al Vicepresidente Santander, pero tardaban en llegar. El escuadrón se dividió en el poblado indígena de Huarás con Jacinto Lara, a quien le molestaba la presencia de Manuela, sus mulas y equipaje. Lara se encontró con Bolívar y le anunció la presencia de su amada así: "Ud. Excelencia, andando con mujeres en visperas de batallas!".

Manuela esperó en Huarás para descansar con toda la comitiva. Por la noche organizó un baile para diversión de los altos oficiales; se puso sus mejores galas de mujer y fue el centro de la fiesta. Allí se encontraban Sucre y Arturo Sandes, ambos enamorados de la bella Mariana, hija del Marqués de Solanda, jugaron a cara y sello el derecho a su mano. Sucre obtuvo la suerte.

Manuela se instaló luego en el otro pueblo andino de Huamachuco. Mientras los ejércitos iban en busca de combate, ella leía a Tácito, Cervantes y otros libros que le prestaban los oficiales. Debía aprender el arte de la guerra. Recibió un mensaje de felicitación de Bolívar por su admirable jornada y la alegría de encontrarla fuera de peligro; y continuó por los penosos caminos de la cordillera el paso del Libertador, hasta que se enteró del encuentro con el ejército realista en la llanura de Junín. Después de la victoria, fue a recoger los despojos mortales del gran militar Charles Sowerby, el amigo y compañero del General Miller, quien a la edad de 29 años caía luchando por la libertad de América.

Bolívar organizó un fuerte ejército con las legiones peruanas y colombianas, más restos de las unidades de Argentina y Chile. Aseguraba los alimentos, vestidos y zapatos que necesitaba, y quedó en espera de la autorización del Congreso de Colombia para continuar la guerra. Decía: "Si me envían tropas obtendremos la victoria". Pero se cruzaron entre el Vicepresidente Santander y el Libertador fuertes comunicaciones sobre las dificultades para seguir enviando dinero para esta campaña. Santander le decía: "Yo gobierno a Colombia y no al Perú; las leyes son para cumplirlas". Desde entonces, Manuela que se enteraba de la correspondencia, trató siempre de distanciar a Bolívar con Santander. Veía ella que no deseaban sus glorias en el Perú.

BATALLA DE AYACUCHO

Efectivamente no llegó la autorización del Congreso para que Bolívar continuara dirigiendo la guerra. No obstante las insinuaciones de Manuela, Bolívar se sometió al Congreso y comisionó a Sucre para el mando del ejército; la suerte del Perú quedaba en sus manos.

Y el Libertador, con reducida escolta, sin dar el plan de la batalla, tomó la vía de la villa donde lo esperaba Manuela. Llegó a Lima el 7 de diciembre de 1824, nervioso, triste y enfermo. Allí recibió la noticia de la batalla que se dio el 9 de dicho mes, a 3.000 metros de altura, cerca a la vieja ciudad de Ayacucho en el cerro del Cundurcunca. La victoria la obtuvieron Sucre y Córdoba en una hora de combate; fue uno de los más decisivos encuentros de la Historia y acción que puso fin al tránsito de los ejércitos del Rey con la bandera de España.

Manuela quería seguir a Bolívar a todas partes, pero debía quedarse en La Magdalena mientras él iba a organizar en el alto Perú la República de Bolivia.

Bolívar insistía en tenerla a cierta distancia. Su presencia le creaba muchos conflictos. Era implacable cuando se enteraba de alguna infidelidad; en una ocasión empleó el puño y las uñas, lo hirió en el rostro, motivo por el cual tuvo que guardar cama, con un "leve resfriado". Además, no todos los militares la aceptaban.

MANUELA Y EL ESPOSO:

James Thorne regresó a Lima, y ella salió a recibirlo. Vino resuelto a la reconquista. Era como siempre, su eterno admirador y no se resignaba a perderla. Quiiso insistir, luchar, llegar a ella por medio del diálogo, de la súplica, de la abdicación de su orgullo de inglés. Ofreció el perdón y el olvido. Se tornó agresivo y se desencadenaron violentas escenas.

Fue una etapa muy difícil para Manuela. Parecía que todo había terminado con el Libertador por su silencio y larga ausencia. Pero era demasiado auténtica, no sabía mentir ni tener amores circunstanciales. Prefería la soledad, y la desilusión. Thorne le ofreció viaje a Londres para alejarla de Bolívar, pero éste no se lo permitió.

RELACION EPISTOLAR:

Thorne empleó el método epistolar para convencerla, suplicante día y noche, le escribía cientos de cartas. Por fin Manuela contestó:

"No, no, no, por el amor de Dios, basta. ¿Por qué te empeñas en que cambie de resolución? Mil veces no. Señor mío, eres excelente, eres inimitable. Pero mi amigo no es un grano de anís que te haya dejado por el General Bolívar; dejar a un marido sin méritos no sería nada. ¿Crees por un momento que después de ser

amada por este General durante años, de tener la seguridad que poseo su corazón, voy a preferir ser la esposa del Padre, del Hijo o del Espíritu Santo, o de los tres juntos? Sé muy bien que no puedo unirme a él por las leyes del honor, como tú las llamas, pero, ¿crees que me siento menos honrada porque sea mi amante y no mi marido? Oh no, no vivo para los prejuicios de la sociedad, que sólo fueron inventados para que nos atormentemos el uno al otro. . . Déjame en paz mi querido inglés. Hagamos otra cosa. Nos casaremos cuando estemos en el cielo, pero en la tierra no. ¿Crees que la solución es mala? En nuestro hogar celestial nuestras vidas serán eternamente espirituales. . . Amas sin placer, conversas sin gracia, caminas sin prisa, te sientas con cautela, y no te ríes ni de tus propias bromas. Son atributos divinos, pero yo, miserable mortal, que puedo reirme de mí misma, me río de tí, también con esa seriedad inglesa. . . Siempre tuya, Manuela”.

Bolívar se enteró de todo esto y escribió a Manuela:

“Deseo verte libre pero inocente juntamente, porque no puedo soportar la idea de ser el robador de un corazón que fue virtuoso y no lo es por mi culpa. No sé, cómo hacer para reconciliar mi dicha con tu deber y el mío. . . pues no se trata ni de espada, ni de fuerza, sino de amor puro y de amor culpable; de deber y de falta, de amor, en fin con Manuela la bella. Bolívar”.

Hay un largo silencio entre los dos. Mientras fundaba la República de Bolivia, había distintos mensajeros del amor; el jorobado Freire, aquel hombre defectuoso, que gracias a Manuela había conseguido esposa y destino y el ya conocido Santana. Ambos sentían como propias las penas de amor de Manuelita, su soledad y aparente abandono, en su casa de La Magdalena.

HONORES Y CONSPIRACIONES EN EL PERU

En el año de 1826, después de las batallas, el Perú entero se dio cita para rendir los más altos honores que se hayan podido tributar a un mortal. Regalos, dinero, joyas, coches, poemas que abrumaban al Libertador y las señoras terminaban sus oraciones diciendo: “Oh Señor, todo lo bueno viene de Tí, nos has dado a Bolívar. . .” Los honores salían de las fronteras y hasta la corona de Monarca, le era ofrecida por propios y extraños.

Era una vida de luces y de sombras; juntos iban de cima en cima por los caminos de la gloria y de las tristezas. Todo lo compartían. Bolívar enfermo apenas le queda tiempo para calmar los ánimos; su espada ya no se levantaba para ondear con la bandera del triunfo. Se preparaba una conspiración en el Perú que acababa de colmarlo de laureles; se desintegraba la Gran Colombia.

Viajaría solo sin su Manuela hacia Bogotá y Venezuela, cruzaría unos 4.500 kilómetros a caballo; ella quedaría para manejar el suyo en contra de la conspiración en el Perú.

La suerte de Manuela sin el apoyo de Bolívar era previsible. Muchos la acom-

pañaron para romper la conspiración y destruir a los enemigos, pero el ejército colombiano fue deportado y ella encarcelada en el Convento de las Nazarenas y a sus esclavas en la prisión de Casas Matas, famosa por la perversidad de las reclusas. Desterrada, recibió la orden de salir de Lima en el término de 24 horas.

A pie hizo el recorrido de Guayaquil a Quito, sólo con sus fieles esclavas; por fortuna se alojó en casa de su hermano José María quien la acogió en su agonía del destierro. Venía hacia Colombia con el alma transida de tristeza, pero no lloraba; sabía que Bolívar la necesitaba. En el camino recibió una bella carta que llevó consigo en la pelliza militar, para leerla todos los días. Le fue entregada por uno de los miembros de la guardia que le envió para custodiar su viaje por el sur, en esa terrible travesía de 1500 kilómetros, a caballo por caminos desastrosos y con restos de guerra a su paso. Dicha carta llevaba dos meses de escrita y decía:

“A Manuela Sáenz: El hielo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin tí, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte: apenas basta una inmensa distancia. Te amo, aunque lejos de mí. Ven, ven, ven luego. Bolívar”.

Llegó a Bogotá por fin una noche fría, después de una fuerte sacudida telúrica, como un mal presagio de lo que sería para la historia, este año que apenas se iniciaba de 1828.

Llegó a la Quinta, la bella residencia de Bolívar. Era un sitio hermoso con árboles, jardines y amplios y elegantes salones. Numerosos amigos y conocidos compañeros de campaña estaban allí con Bolívar. Todos la querían mucho, a excepción de Córdoba, con quien había tenido un fuerte altercado durante el viaje, por causa de la conspiración en el Perú. Ahora encontraba allí al nuevo miembro del Gabinete, General Urdaneta.

En Bolívar se había realizado una transformación. A sus 45 años, se encontraba ya con una vejez prematura y muy avanzada la enfermedad.

Manuela se convirtió en la señora de la Quinta; tenía una gran servidumbre y volvió a manejar los papeles privados del Libertador, a dirigir las audiencias y a vigilar muy de cerca las actuaciones de sus amigos y enemigos. Había un clima muy tenso.

Muy difícil para Manuela entrar en la exigente sociedad bogotana, y además venía precedida de mala fama. Santander y otros generales no la podían aceptar; consideraban que le había hecho mucho daño a la imagen de Bolívar y le atribuían gran parte de sus fracasos. Sus paseos por las calles de Bogotá, vestida de militar, con sus esclavas, escandalizaban a la sociedad. Jonatás ridiculizaba públicamente a las señoras más importantes porque trataban a Manuela de “disoluta” y “estéril”.

Manuela tenía que emplear talento, tacto y discreción para llegar a las esferas sociales con respeto y dignidad, ya que políticamente, dentro del clima existente, era imposible.

Sus actuaciones fueron las menos adecuadas; no tenía muchos defensores de sus actividades en la campaña del Perú, ni buenas referencias de Quito. Primaban los conceptos de amante, seguidora de un hombre en la guerra y de los perjuicios causados.

Había entre los militares, especialmente extranjeros, grandes amigos y compañeros; por ejemplo, el científico Jean Baptiste Boussingault, incorporado al Estado Mayor de Bolívar, casi de su misma edad, con quien departía en frecuentes tertulias y paseos. Cariñosamente era llamado "Loló", y estaba escribiendo crónicas de América para sus "Memorias". Allí incluyó las cartas que escribía a su madre en París sobre Manuela.

Las fiestas que hacía en la Quinta terminaban en grandes orgías en medio del boato, la música y el licor; eran objeto de crítica, por los gastos tan exagerados cuando el Estado estaba en la extrema pobreza. Una de estas fiestas terminó con gran irrespeto para el General Francisco de Paula Santander, por el "fusilamiento simbólico" con la ayuda de Jonatás y algunos oficiales. Este escándalo fue fatal para Bolívar; echaba por tierra sus planes políticos para calmar los ánimos y esto lo distanciaba más de sus enemigos.

Manuela no supo ganarse el título de dama y señora de la Quinta; era persona para combatir y ser combatida.

Bolívar tuvo un fuerte altercado por lo anterior; la despidió de la Quinta y le suplicó que saliera del país cuanto antes. Parecía una ruptura definitiva. Muy enfadado, pidió a Córdoba olvidar tan deplorable suceso.

Otra vez se presentó en el Coliseo, en el baile de las máscaras para anunciarle a Bolívar que iba a ser asesinado en esa fiesta. Bolívar públicamente la repudió, pero ella quedó feliz porque le había salvado la vida.

Por su cuenta y riesgo alquiló una casa al frente del Palacio de San Carlos; así se fue a vivir con su servidumbre y una legión de animales, sus otros extraños amores. En una ocasión, "Loló" la libró de las garras de un oso domesticado que la atacaba.

Vinieron hechos históricos que cerraron la actividad política de Bolívar. El fracaso de la Convención de Ocaña; dos partidos políticos enfrentados con violencia y el Gobierno fuerte establecido por Bolívar apuró la conspiración para asesinarlo. Se conocía el nombre de los conspiradores, quienes anticiparon el golpe para el día 25 de septiembre.

CONSPIRACION SEPTEMBRINA

Esa noche Bolívar se sintió muy enfermo en el Palacio y la mandó llamar con

insistencia. Manuela se negó, la había rechazado públicamente. "Ven, te necesito". Salió en una noche fría, con sus botas y el chal, guiada por su fiel servidor José Palacios; iba a cumplir la misión que el destino le tenía reservado en su agitada y controvertida vida, ser la "Libertadora del Libertador" y consagrarse en su gloria para la posteridad.

Impaciente llegó a su aposento, y al sonar las campanas de la media noche, los conspiradores irrumpieron en Palacio, derribaron las puertas, dieron muerte a sus guardias a los gritos ¡viva la libertad!. Con rapidez, entregó sus botas, dio la espada y la capa a Bolívar señalándole la ventana de la salvación. Saltó tres metros y quedó burlada la conspiración. Se enfrentó heroica, valiente esperó la muerte, contaba los minutos para recibir el golpe; se arrodilló y con sus enaguas vendó heridas de Andrés Ibarra que se desangraba; la golpearon en la cabeza y el francés Augusto Harmet, detuvo la mano asesina a punto de clavar el cuchillo: "No hemos venido aquí para asesinar mujeres". También Manuela se había salvado!

Bolívar en la inmensa soledad de la ingratitud, extenuado física y moralmente, fue encontrado por sus amigos en las cloacas del Carmen que cruzaban el Río San Agustín. Llevado a Palacio, recibió el saludo emocionado de los suyos y dio en presencia de todos el abrazo de gratitud a Manuela; "Eres la libertadora del Libertador".

Se levantaron patíbulos, se conmutaron penas por el destierro.

Los sucesos siguientes señalaron el fin de la Gran Colombia y de su carrera militar y política. La guerra en el Perú, la victoria de Sucre; los levantamientos en el sur; la rebelión y muerte de Córdoba, el crimen de Berruecos, consumieron la última esperanza de salvación de la patria.

Bolívar encontró cerradas las fronteras de su cara tierra natal y abiertas las del destierro. Con un adiós definitivo se despidió para siempre de Manuela. Ya no se volverían a ver más. No podía llevarla consigo, no tenía recursos. Marchaba enfermo, desengañado, apurando hasta la última gota la copa del dolor.

Una carta de Guaduas le decía: "Mi amor: tengo el gusto de decirte que voy muy bien y lleno de pena por tu aflicción y la mía, por nuestra separación. Amor mío, mucho te amo, pero más te amaré si tienes ahora más que nunca mucho juicio. Cuidado con lo que haces, pues, si no, nos pierdes a ambos perdiéndote tú. "Soy siempre tu más fiel amante. Bolívar". 11 de mayo de 1830.

LA SOLEDAD DE MANUELA

Esta etapa de la vida de Manuela después de la ausencia de Bolívar, a quien había seguido durante ocho años en la paz y en la guerra, estaría también enclavada en la lucha por la supervivencia del nombre de "Bolívar como fundador de la República". Pero también era lucha, era guerra abierta a Manuela; continuaría sien-

do atacada, temida, repudiada, no sólo porque su nombre estaba en el corazón de Bolívar, sino porque ella como persona, estaba destinada a morir apátrida, sin arraigo, sin sentido de pertenencia, como extranjera; seguiría así mismo como había pasado en su juventud, luchando por la amistad, por el amor, por la libertad y por el concepto de patria.

Ausente Bolívar se desató una guerra en su contra; sintió el vacío de la inmensa soledad. Hizo resistencia con extravagancias y locuras, con valentía y constancia. Luchó, se defendió con denuedo. El día de la celebración del Corpus Christi, salió valientemente a derribar el altar de burla que se había levantado contra Bolívar y contra ella. "Despotismo y Bolívar"; "Tiranía y Manuela Sáenz" eran las frases de presentación, y la de ella señalaba una caricatura horrible con rostro de arpía.

Con arrojo, lanzó su caballo, para producir el estallido del polvorín que dejó estupefactos a los oficiales de guardia.

Vicente Azuero era su mayor enemigo. Santander la odiaba. Fue condenada a muerte y encarcelada con dificultad, porque todos le temían. "Nunca, nunca retrocederé un paso de la amistad y la gratitud que tengo con el General Bolívar; y si alguien cree que esto es un crimen, muestre la pobreza de su alma".

Por primera vez las mujeres liberales se organizaron en protesta pública: "Consideramos honrosos aunque no los compartamos los sentimientos manifestados por una persona de nuestro sexo. La señora Sáenz no es una delincuente. . . ha sido exasperada hasta la imprudencia, pero ésta no es un crimen. Y si la señora Sáenz ha escrito o ha gritado "Viva Bolívar", ¿dónde está la ley que lo impida?. . . ¡Qué heroísmo ha demostrado! ¡Qué magnanimidad!. . . Ojalá tan nobles sentimientos nos sirvan de ejemplo a todos. . ."

Gracias a esta valiente intervención, fue puesta en libertad; pues no era fácil hablar en esa forma, ni salir en su defensa dentro de las circunstancias existentes.

Mientras tanto Bolívar agonizaba en las playas de Santa Marta; Manuela salió para estar a su lado, pero en Honda, recibió la triste noticia, por carta de Perú de Lacroix: "Permítame, mi bondadosa señora, que mezcle mis lágrimas a las suyas, por su inmensa pérdida". La leyó con lágrimas y arrojó el papel a las aguas del río. . . tomó su caballo y salió de regreso a Bogotá.

De dos intentos de suicidio la salvaron sus amigos: en Guaduas de la mordedura de una serpiente y en el salto de Tequendama. . .

Santander volvió al poder y firmó el decreto de su destierro el 1o. de enero de 1834.

Enviada a Cartagena, estuvo en un calabozo; ya no le importaban los muros que la privaban de la libertad, no tenía por quién luchar.

Fue a Jamaica a pedirle auxilios a Hyslop, el mismo que había ayudado a Bolívar. Le suplicó al Presidente Flórez un pasaporte para ir al Ecuador, el cual le fue concedido; y cuando hacía su recorrido de regreso a su tierra, por los caminos de tantos recuerdos, fue detenida en las glaciales alturas por orden del nuevo Presidente, porque no le era permitido el arribo a su ciudad natal.

Había vendido sus alhajas, estaba sin recursos, todas sus herencias le fueron negadas por los Tribunales, hasta la pensión por la Orden del Sol; tampoco le entregaron los \$ 8.000 de la dote de su matrimonio, que Thorne dejó constancia en su testamento. Este había sido asesinado por celos en Pativilca. Legó una gran fortuna y dejó varios hijos de sus amantes.

Se dirigió a Paita, en el Perú con las esclavas que le quedaban; Jonatás se había perdido en la selva. Allí se instaló en esta desolada playa, en completa miseria. A veces vivía de la caridad de sus vecinos, y tenía la virtud de recibir con dignidad. A los 50 años conservaba su belleza; recibía visitas de grandes personalidades. Se sostenía con la venta de ajos, granos de arroz, tabaco y cigarros.

Así la encontró ese otro Simón, octogenario ya, y juntos saboeraron en la soledad las cartas de amor y vivieron del recuerdo del hombre más grande de América. Este Simón, era el Maestro Rodríguez.

Tullida, en silla de ruedas, terminó sus 20 años de destierro. La grave epidemia de difteria, arrasó con todo; esclavas, archivos y con "Manuela la bella".

Una pira se levantó para quemar los secretos de sus amores, los cientos de cartas que el viento llevó hacia la cima de los farallones de Paita, para cubrir sus despojos mortales, confundidos en la fosa común y recibir el golpe definitivo de las olas del mar, y el juicio de la Historia. Era el 23 de noviembre de 1856.

"Mientras vivió, amé a Bolívar; muerto, lo venero".

NOTA BIBLIOGRAFICA

Von Hagen, Víctor: **Las Cuatro Estaciones de Manuela**, versión basada en documentos y nuevos archivos. 1980. Carlos Valencia Editores, Bogotá.

Borges Carlos, Pbro. **La casa de Bolívar**. Discurso en la inauguración de la casa natal el 5 de julio de 1821.

Mancini, Jules. **Bolívar**. 1970, Ed. Bedout.

Miramón, Alberto. **La forma del Héroe**, 1972, Colcultura.

Liévano Aguirre, Indalecio. **Bolívar**. Ed. El Liberal.

Waldo Frank. **Nacimiento de un Mundo**. 1956, Ed. Aguilar.